



Jornadas de Espiritualidad de la FS Homilía 21 de enero de 2017.

La memoria de la mártir Santa Inés nos lleva a reflexionar sobre la realidad que acompaña a la Iglesia desde sus comienzos. La persecución de los cristianos, más o menos manifiesta, se repite a lo largo de los siglos. El Papa Francisco recuerda que en los últimos años, los cristianos asesinados superan los conocidos en el Imperio Romano.

Sin llegar a una situación de persecución, podemos decir que la fe cristiana nos lleva a vivir contracorriente. Esto es así porque el Evangelio no se conforma, de un modo pleno, con ninguna ideología y con ninguna cultura. Al final nos damos cuenta de que Dios, la persona de Jesucristo, siempre superan cualquier visión humana de la realidad. Entender la vida como Dios nos la ha mostrado significa que aquellos que se han encontrado con Él tienen una original experiencia de vida. Los cristianos introducen valores en contraste con la cultura del momento, valores que la modifican y la mejoran. En última instancia, valores que, muchas veces, los hacen diferentes y no siempre fáciles de ser bien entendidos por los otros.

Por ejemplo, veis lo que se piensa ahora de la familia en nuestro mundo y ved cuál es nuestra elección. Muchas veces no se nos permiten tener un pensamiento propio y nuestra forma de pensar acerca de la familia es en verdad auténtica y original y, sinceramente, creo que se vuelve constructiva y necesaria.

Debemos saber que caminamos contracorriente, teniendo un profundo diálogo con lo que se nos da sobre la familia para escoger lo que tiene un valor particular, sin renunciar a nuestros principios. Crear la cultura evangélica sobre la familia hoy día es nuestra obligación a pesar de que esto significa que muchas veces deberemos mirar a Santa Inés y a tantas

personas, como Santa Inés, que nos han precedido y que han conservado el testimonio de su fe, tan claramente, caminando contra corriente.

Al lado de Santa Inés recordamos a Santa Emerenciana, una de sus amigas que fue apedreada cuando oraba en la tumba de su amiga. Podemos pensar que vivieron juntas el difícil camino que ha hecho de Santa Inés en los últimos días de su vida en este mundo.

Santa Emerenciana puede ayudarnos a comprender mejor el valor decisivo que tienen los otros en la experiencia que hacemos de la fe y de la vida cotidiana. No podemos caminar solos. En la soledad, las dificultades acaban por hacer su trabajo destructivo en cada uno de nosotros. Sin los otros el bien que podemos hacer es mucho más reducido. Nuestra fuerza se encuentra en los amigos en el grupo, en la comunidad.

Nos encontramos en Roma miembros de los 31 de los grupos de la Familia Salesiana. La primera cosa que podemos interiorizar es que, como quería Don Bosco, unidas nuestra vida personal y la del grupo, tomen una dimensión nueva y más rica. Nuestra fuerza y, sobre todo, nuestra capacidad para hacer el bien crece cuando somos capaces de mirar juntos el mundo, reflexionar juntos, planificar juntos, para formarnos juntos a nosotros mismos, para trabajar juntos.

De esta manera se ve la importancia de la familia. Una familia cristiana es un grupo capaz de hacer real juntos un proyecto de vida que construye personas maduras, mejora la sociedad y aumenta la fe de sus miembros. Como sugiere el Rector Mayor, una familia así se convierte en una escuela de vida y amor.

Como Santa Inés y Santa Emerenciana todos nosotros proclamamos, con toda la solemnidad que nos permite este encuentro, nuestra apuesta por seguir unidos junto a Don Bosco y con nuestra familia. Esta comunión es para nosotros un valor irrenunciable.

Acabo haciendo una referencia al Evangelio en un párrafo que, dicen los expertos, tiene una base histórica. Sus contemporáneos dicen que Jesús estaba fuera de sí. Un Jesús que ha perdido la cabeza, un Jesús loco. Y su madre y los suyos estando allí, podemos pensar que sin entender mucho,

esta difícil situación. Y también podemos pensar que convencidos que su hijo, su pariente, no sólo era un tonto, pero que podría convertirse en la solución final de la vida humana.

Pero así es la vida y, de manera particular, la vida de fe. Todo se convierte en un camino hacia un final que no siempre aparece con claridad. Todavía no hemos llegado a la meta, pero, poco a poco, podemos ser capaces de hacer una convicción más fuerte que llegue a ser definitiva: Dios nos acompaña porque nos ama tanto. Dios nunca nos falta. Dios nos prepara a cada uno de nosotros un final feliz, tal como lo hemos pensado.

Esta situación vivida por la familia de Jesús me lleva a concluir la homilía con una declaración que pueda incorporarse a las conclusiones de estos días. Somos afortunados porque la persona de Jesús, la podemos definir sin lugar a dudas. Llegamos a definirla con la ayuda de muchos expertos, de muchos creyentes y también por nuestra experiencia. Él es el hermano, el Hijo de Dios, que nos asegura la realización de lo que podemos desear en nuestro corazón. El encuentro de estos días con tantas personas como nosotros nos muestra la certeza de nuestra fe. Hagamos de estos días un permanente canto de agradecimiento al Señor que nos permite dar un sentido sólido a cuanto hacemos y a cuanto somos. ¡Somos afortunados!

Pidamos a María Auxiliadora una respuesta generosa a tantos dones que nuestra familia, la familia de Don Bosco y la Iglesia nos han aportado a cada uno de nosotros.